Año XI. Jueves 2 de Enero de 1902 Núm. 235.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS DE BARCELONA

Sección Oficial

El día 12 de los corrientes, á las diez, celebrará la Academia Calasancia sesión privada en la cual el Vicepresidente Sr. Parpal y Marqués desarrollará el tema: «La autonomía universitaria» á tenor de las siguientes conclusiones presentadas por el disertante:

«1.° La enseñanza es función social y no política. En su virtud el Estado solamente puede tener derecho en ella á una especie de tutela.

2.° Siendo propia de la Sociedad tal función las corporaciones que á la enseñanza se dediquen deben gozar de vida propia é independiente.

3.° Las Universidades deben ser autónomas.

4.° La autonomía universitaria consiste en que dichos centros puedan gobernarse por sí mismos tanto en el orden técnico como en el administrativo.

5.° Como consecuencia de la anterior conclusión á las Universidades incumbe el nombramiento del profesorado y la organización de los estudios.

6.° El Estado fijará de una manera amplia los estudios generales que en ellas debe haber y vigilará no se contravengan las leyes del país, nombrando delegados ó inspectores que giren visitas á los centros de enseñanza siempre que lo crean oportuno.»

Lo que se avisa á los académicos para que asistan á dicho acto.

Barcelona 1.° Enero 1902.

El Presidente,
Juan Burgada y Juliá.

El Secretario,
Antonio Solá y Llenas.

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

Alocución Pontificia en el Consistorio Secreto celebrado el 16 de Diciembre de 1901

Venerables Hermanos:

Quisiéramos en verdad hablaros de cosas más agradables, pero desdichadamente estamos obligados en estos días de Nuestra avanzadísima edad á comunicároslas muy amargas, por lo que se refieren á Nuestra solicitud y al interés que las cosas que atañen al bien público á todos vosotros os inspiran. Nos referimos á las que turban la paz de la Religión católica, enumerando entre ellas muchísimas causas y nada leves por cierto. Tratar hoy de todas y cada una de ellas no es posible, ni está en Nuestro ánimo; no obstante, no debemos permitir que con Nuestro silencio se robustezca un particular y doméstico peligro que constituye hoy en Italia un riesgo fatal para la fe y las buenas costumbres. ¿Había por ventura, en medio de las revueltas que afligen á Nuestra nación, que lamentar un mal mayor que las amenazas á la seguridad del santo vínculo del matrimonio al que las tempestades revolucionarias habían respetado hasta ahora?

Si goza todavía la ancianidad de autoridad alguna, si Nuestra voz apostólica es oportuna aún en cierto modo, si algo vale, finalmente, Nuestro cariño profundo hacia Nuestra patria comun; no solamente avisamos á todos aquellos que pueden influir en alguna manera en el debate del proyecto de ley acerca del divorcio, sino que les exhortamos por lo más santo y sagrado á que desistan de tan inícuo propósito.

Consideren todos ellos séria y atentamente que el sagrado vínculo conyugal entre los católicos es santo, indivisible y perpetuo, y que por ningún derecho, ley, tiempo ni prescripción humana alguna puede ser derogado, ni menoscabado tampoco. Aplicar al matrimonio cristiano el criterio de que puede separarse, disolverse y contratarse como cosa meramente civil, es un error grave y muy pernicioso. Jesucristo Hijo de Dios, Redentor y Reparador del humano linaje, restableció la antigua costumbre del matrimonio á la norma primitiva que estableciera *ab initio* Dios Nuestro Señor, suprimiendo á la vez la costumbre de dar repudio, y sublimando á aquél con la dignidad y virtud de sacramento y declarándole exento de toda potestad civil y terrena, le eximió á su

vez hasta de la misma tutela eclesiástica. Por lo cual todo lo que es consecuencia y resultado del contrato y sacramento nupcial y afecta al orden civil puede ser incumbencia del Estado, pero no es permitido ir más allá en manera alguna, ya que Dios lo prohibe terminantemente.

Toda ley, pues, que autorice el divorcio, es ley injusta y que ultraja los derechos de Dios, Sumo Creador y Legislador; por tanto, podrá autorizar una unión adulterina, pero jamás sancionará un enlace justo y legal. Y habrá mayor delito en ello porque en el terreno de la práctica es tan difícil contener al divorcio en los límites ordenados que se pretende, como difícil es detener el curso de las llamas de las concupiscencias más violentas. Vanamente también se aduce el ejemplo pernicioso y ruín acerca de lo que pueda disminuir ó excusar el pecado individual la muchedumbre de los que cometen el mismo pecado. Y esto es más digno de atención por cuanto jamás en Estado alguno se ha propuesto ó introducido la inicua ley del divorcio sin que la Iglesia haya protestado con toda su autoridad y se haya revestido firmemente como celosa depositaria y defensora del derecho divino. Y no hay que esperar que sea hoy menos guardadora de sus derechos y deberes que antes. Jamás la Iglesia en modo alguno accederá, aprobará ni sufrirá con lenidad tal injuria hecha á Dios y á sus derechos.

Hay que considerar que en esta injuria va envuelta una fuente de males perniciosísimos y por esta razón muchos hombres de aquellos que no están del todo conformes con los dogmas é instituciones del catolicismo, ó que viven abiertamente en pugna con ellos, defienden por interés del bien público, con sabiduría y elocuencia, la indisolubilidad del matrimonio. Y es cosa cierta que una vez celebrado éste, si se da facultad para rescindir caprichosamente el sagrado vínculo, se destruye de una vez la ley constante y establecida de la naturaleza del matrimonio. De aquí se deslizan como por inevitable pendiente, todos aquellos males que Nos hemos lamentado amargamente muchas veces, es á saber: la relajación del afecto mutuo, los peligrosos incentivos de la infidelidad, el peligro que corre la educación y crianza de los hijos, el acrecentamiento de las semillas de discordia entre las familias, la perturbación y ruina de los hogares y la abyección profunda á que queda reducida la infeliz condición de la mujer. Por lo tanto, si con las buenas costumbres y la fidelidad mutua la prosperidad de la sociedad doméstica y sus intere-

ses todos mejor se conservan, mientras que con la disolución é infidelidad se disipa y pierde todo, fácilmente se entenderá cuán calamitoso sea el divorcio, así para el bien privado, como para el público, ya que tiende á desnaturalizar las costumbres é introducir entre el vulgo la más desenfrenada de las licencias.

Todos los que lamentan estos peligros fácilmente entenderán cuál sea Nuestro ánimo ante el presente peligro, toda vez que Nuestros compatricios no merecen tal calamidad, ya que la mayoría de ellos guardan todavía con amor y fidelidad el divino tesoro de Nuestra Religión á ejemplo de Nuestros mayores y antepasados. Por esto abrigamos alguna esperanza de que han de volver sobre su acuerdo los representantes de la nación á quienes toca aprobar la ley propuesta, ya que, á pesar de vivir ocupados en el hervor de las cuestiones políticas, no les suponemos á todos sordos á la voz de la Religión de sus abuelos, ni destituidos de aquella rectitud de juicio que hasta la naturaleza misma prodigó como cualidad ingénita á los ingenios nacidos en Italia.

Por lo cual, Venerables Hermanos, unidos en caridad con Nos, imploremos de Dios Nuestro Señor quiera en tiempos tan difíciles de salvar á nuestra nación benignamente y conservarle aquellos bienes de que la colmó con su paternal y sabia Providencia.

Otra Alocución Pontificia

El día 23 de Diciembre pasado, tuvo lugar en el Vaticano la recepción tradicional del Sacro Colegio por su Santidad.

El Cardenal Oreglia di Santo Stefano leyó un mensaje de adhesión en el que, después de manifestar los profundos sentimientos de respeto y amor que unen al Sagrado Colegio con el Vicario de Jesucristo, hizo alusión á los graves conflictos que ennegrecen el porvenir y conturban el ánimo de Su Santidad, fijándose especialmente en la inicua ley sobre el divorcio, que la Masonería trata de implantar en Italia.

Su Santidad dignóse contestar en los siguientes términos:

—

«Señor Cardenal: Aceptamos con especial satisfacción los sentimientos que Nos acabáis de manifestar en nombre del Sagrado Colegio. Nos correspondemos á ellos de todo corazón y á nuestra vez imploramos del cielo que derrame sobre vosotros extraordinaria abundancia de dones celestia-

les. Gracias superiores y extraordinarias han descendido ostensiblemente sobre toda la Iglesia de Dios, que padece ahora, como bien lo veis, angustias y persecuciones sólo comparables á las más violentas que hasta el presente haya sufrido. Una libertad de pensamiento, tan desenfrenada como soberbia, que se jacta de repudiar así las verdades reveladas como las influencias cristianas, engendra siempre multitud de culpables inspiraciones y mortales errores. Se agotan todos los recursos para soliviantar las masas, convertirlas en enemigas de la Iglesia y alejarlas de la órbita de Roma, centro predestinado de verdad y de salvación universal.

»Se veja, se proscribe á las Ordenes religiosas, tan meritorias. no sólo desde el punto de vista de los grandes intereses de las almas, sino también desde el que dice relación al bienestar de la vida terrena. Se votan leyes inicuas y desastrosas, en manifiesta contradicción con los eternos principios divinos.

»¡Ah, cuán numerosas son las causas de amargura, si se reflexiona un poco sobre las condiciones morales de la época que atravesamos!

»Fortalecidos con el divino auxilio, Nos no faltaremos jamás al alto cargo que Nos incumbe de apartar á la grey cristiana de los venenosos pastos que, para su desgracia, brotan hoy por doquiera con abundancia extraordinaria.

»Pocos días hace que Nos elevábamos la voz, como era de Nuestro deber, contra el siniestro atentado que se trata de inferir en Italia á la santidad del matrimonio, exponiendo el mal en sí y las funestas consecuencias que entraña. Y lo hicimos con evangélica libertad y con la intención de hacernos oir especialmente de aquellos á quienes esto atañe. Vuestras prudentes palabras, señor Cardenal, responden á la gravedad del peligro.

»No menos preocupado Nos hallamos por el progreso amenazador de ese movimiento de rebelión que pretende directamente conseguir el desmoronamiento de las bases del orden social. Nos hemos exhortado en otra ocasión y de nuevo exhortamos á los católicos á que se esfuercen en oponerse cuanto les sea posible á los progresos de las máximas subversivas del socialismo. Es esta una empresa, cuya más eficaz garantía de feliz éxito estriba en el espíritu de obediencia y en la concordia de las almas; preciso es, pues, que se unan y obedezcan si aspiran á trabajar, el campo mismo de la Iglesia, en bien de las clases populares.

»Nos reclamamos el concurso unánime y armónico de todas las buenas voluntades. Que los jóvenes se congreguen, pues, y ofrezcan pruebas de esa enérgica y ardiente actividad tan propia de su edad, que se apresten también los de edad madura, los cuales pueden en los frutos de la experiencia, tanto por lo probado de su fe, como por la meditación reflexiva. Uno y común es el fin; el celo debe ser igual en los unos que en los otros. Nada de desconfianza recíproca; nada de censuras, sino mutua ayuda cristiana; nada de disentimientos; sino caridad recíproca. Que así como el Divino Redentor, al hacer su primera aparición entre los hombres los consoló con nueva dulzura espiritual, anunciándoles la paz, así se digne ahora regocijar á la Iglesia con la perfecta concordia de sus hijos. Que á este don de la paz se une la abundancia de gracias celestiales que Nos, en la víspera de la alegre solemnidad de la Pascua, deseamos á todos y en especial al Colegio de Cardenales, á los Obispos y á todos los presentes, á quienes damos, con paternal benevolencia, Nuestra Bendición Apostólica.»

BUEN PRINCIPIO

Un año que hace dejamos correr nuestra pluma, trazando á grandes pinceladas el cuadro del siglo XIX que fenecía, condoliéndonos hubiese dado vida á la criminal herencia, manchada con sangre inocente, que recogió de la Revolución francesa.

Animábanos, sin embargo, que rehechas las huestes católicas, rudamente heridas por aquel acontecimiento, hubiese sido la segunda mitad de aquél, ó mejor aún su último tercio, de batalla con denuedo, energía y tesón sostenida contra las anárquicas libertades y los principios perniciosos, acudiendo los amigos de Cristo y los defensores de la Iglesia al mismo campo enemigo, para que vencidos y humillados, los contrarios lo abandonaran, presentando ante su ciencia impía y el racionalismo, la ciencia verdadera y el escolasticismo; ante la separación de la Razón y la Fe, la confirmación de ésta por aquélla; ante la negación de la autoridad, la sumisión á los poderes constituídos, siempre que fueran legítimos; ante la impureza de costumbres, dogmas como el de la Inmaculada,

poema de pureza; ante la duda de las verdades religiosas la infalibilidad del Vicario de Cristo...

Despidióse el siglo con el Año Santo de repa.ación á los ultrajes recibidos por Dios y de oración para restablecer é instaurar completamente el reinado social de Jesucristo sobre la tierra, y parece que nuestras plegarias se convirtieron en lluvia beneficiosa y fructífera por cuanto el año que ha terminado, primero del siglo xx, deja recuerdos halagüeños y hermosas esperanzas.

*
* *

No somos optimistas al afirmarlo; los hechos mismos son los que nos hacen tener fe en que el siglo xx será de reparación de su antecesor, nos hacen concebir esperanzas bien fundadas de que la Luz Eterna, la Verdad Suma reinará en todas partes y presidirá evidentemente todo el orbe.

Tal vez quien no participe de nuestras opiniones, tal vez quien mire con pesimismo todas las cosas, encontrará demasiadas vanas nuestras esperanzas y las tachará de ilusiones, de producto de una imaginación algo meridional que por desear el reinado del bien lo ve cerca cuando en realidad, se dirá, nos apartamos más de él; pero tales pesimismos no nos hacen mella, ni nos impiden vivamos con la hermosa virtud de la esperanza, que todo lo agranda y dignifica.

Porque, repetimos, los hechos mismos la han fomentado y cultivado, los hechos mismos la han hecho renacer. Éramos pesimistas cuando no conocíamos lo que daría de sí el año pasado, pero hoy que todas las escenas de su vida aparecen en nuestra mente, hoy que la memoria nos presenta cuánto ha acontecido, no podemos menos de sentir un consuelo grande.

Verdad es que la lucha entre el mal y el bien no ha cesado, porque siempre existirá en la tierra esta guerra entre el poder de las tinieblas y la Iglesia, que es el arca santa de todos los bienes, pero esta lucha precisamente es la que nos hace concebir halagüeñas esperanzas; la encontrábamos á faltar, deplorábamos no se opusiera tenaz resistencia al enemigo que se enseñoreaba de todo y todo lo invadía, y esta lucha ha aparecido y la resistencia es un hecho y los triunfos se han ido sucediendo con gran gozo.

*
* *

¡La persecución! Es de los hechos que aparecen en primer término en nuestra inteligencia al hablar del año finido; la persecución ha existido y dura y fuerte no tanto por parte del pueblo como por parte de los gobernantes, resortes é instrumentos de las sectas; la persecución se ha presentado clara, sin embozos por medio de leyes y en las Cámaras, y precisa y especialmente contra las Ordenes Religiosas, esta avalancha gloriosa de la Iglesia, esta vanguardia del Catolicismo, este escogido ejército de Cristo, cuya acción es tan beneficiosa y que merecen las bendiciones del Cielo.

Se las quiere oprimir, se las quiere maniatar, se ha intentado destruirlas pero nada han logrado, ni nada se podrá ya que el espíritu de Dios está con ellas, y lo que Dios guarda y protege los hombres no pueden derribar.

Mas diremos, el odio de las sectas tenía que presentarse y hacerse patente de alguna manera, su furia debía exteriorizarse y lo han hecho, ha sucedido y no podían hacerlo mejor. Si los dardos hubiesen ido dirigidos contra los católicos particularmente, tal vez no hubiéramos tenido bastante fuerza y virtud para soportarlos y resistirlos, pero dirigiéndose á aquellos que tienen por un gran bien padecer por Dios y morir por Cristo, á aquellos cuya vida común está basada y se cifra en el heroísmo cumpliendo los preceptos evangélicos, la persecución ha sido lo mejor que podía ser, no podía buscar mejor objeto para desencadenar sus iras y las Ordenes Religiosas la sufren pero no la temen, la resisten seguras del triunfo.

Qué importa que secuaces de Satán, turbas inconscientes dirigidas por hombres depravados hayan querido reproducir las horrorosas escenas del año 1835, que algunos políticos, en pleno Congreso, hayan disparatado y buscado aplausos de la turba multa, como los buscó también un desgraciado autor dramático, que al grito de libertad, envilecidos espíritus enfangados en el más repugnante libertinaje, hayan insultado la Religión, atropellado sus cosas y ultrajado sus ministros... Nada de esto influye en que dejemos de abrigar esperanzas de mejores días, porque precisamente estos hechos han sido los que han dado la voz de alerta á los católicos y los han hecho dejar su pasividad para tomar parte activa en la contienda.

El deseo de contrarrestar la avalancha atea y masónica se ha convertido en un hecho; á cada ultraje inferido ha aparecido una protesta; á cada injuria un desagravio. El miedo que pa-

recía querían infundir con sus gritos y atropellos los iniciadores del movimiento anticatólico, los cabezas de motín no ha hecho mella. Se han presentado vociferando, destruyendo, pero los católicos han sabido salir en defensa de su Religión y han hecho retroceder al enemigo.

*
* *

Actos hermosos se han realizado que merecen un recuerdo. Mientras en los teatros espectadores libertarios y mercenario público aplaudía un desdichado parto literario y salía luego la turba recorriendo las calles, organizándose manifestaciones y dando gritos de muerte á lo más sagrado, los templos llenábanse de fieles que asistían á las funciones del Jubileo Santo, y luego entonando himnos de penitencia recorrían las calles de ciudades y villas, de poblaciones grandes y de pequeñas aldeas, como las magnas procesiones verificadas en Barcelona. Es cierto que en algunos pueblos los que piden libertad, en nombre de ésta intentaron perturbar las tranquilas manifestaciones de catolicismo, que lograron fueran algunas de éstas suspendidas, pero esto mismo prueba su ira al ver tan pujante el catolicismo, al ver á los católicos dispuestos á demostrar lo son de veras.

Fué apedreado el templo del Pilar, fué agraviada aquella Virgen que representa y simboliza la fe de España, pero inmediatamente en toda nuestra nación nació un grito de protesta y se sintió la necesidad del desagravio, promoviéndose una peregrinación española que al realizarse será imponente, será la más elocuente de las manifestaciones religiosas que podrán hacerse.

En reuniones públicas, en asociaciones privadas, en los frontones y en las plazas de toros se han pronunciado palabras y frases que en otro país hubieran sido severamente castigadas. En el nuestro no ha ocurrido así, pues todos sabemos quienes son nuestros gobernantes, pero el pueblo católico se ha sonrojado al oir tantos desatinos y tantas blasfemias y ha acudido á la casa de Dios pidiendo perdón para España, y los Prelados en nombre de la catolicidad de ésta han protestado.

*
* *

¡Nuestros Obispos! La actitud tomada por la mayoría de éstos; el empuje con que han salido por los fueros de la Fe, sus decisiones, sus exposiciones al Gobierno, sus Pastorales,

nos han recordado aquellos Obispos alemanes que iniciaron el movimiento católico en la Germania, hoy verdaderamente extraordinario.

Ellos nos han trazado la norma de conducta; ellos se han puesto al lado de las Ordenes religiosas perseguidas, demostrando es falsa la afirmación dicha en pleno Parlamento de que se hallaba divorciado el clero seglar y el monástico, ellos han reclamado el puesto de honor en la lucha que sostenemos y nos han animado y nos han llevado á la batalla.

Sus obras, sus consejos, sus palabras han hecho levantar el espíritu religioso, han logrado que los católicos abandonaran el estado de inacción social en que se hallaban para que en la sociedad defendieran los derechos sacrosantos para que todos se unieran y acudieran á todos los terrenos y buscaran en todas las clases sociales manera de restaurar la unidad católica, el imperio de Cristo.

Organizando funciones religiosas y procesiones, presidiendo peregrinaciones y tomando parte, sino la iniciativa en multitud de actos y manifestaciones importantes han dado el ejemplo á los católicos, y la mayor parte de éstos lo han seguido haciendo renacer esperanzas, llenando de júbilo á la Iglesia.

*
* *

Nuestro gran Pontífice ha dado también instrucciones luminosas y notabilísimas y sobre todos ellos su Encíclica *La democracia cristiana*, alentando á los potentados á que buscaran los obreros y los condujeran por la verdadera senda, hermanándose con ellos y fundando y estableciendo la verdadera fraternidad.

El movimiento católico obrero operado en el año 1901 es tal vez el hecho más hermoso y más consolador.

Nuestros enemigos habían hecho del pueblo trabajador carne de cañón, instrumento de sus desenfrenados apetitos, en gran parte debido á nuestra incuria, y ha sido forzoso dejar ésta y buscar al obrero para apartarlo de los centros de perdición y de la maléfica influencia de los sectarios, conduciéndoles á los centros católicos y dándoles sanas instrucciones.

Las Asambleas Católicas habidas, y no podemos olvidar las que hemos presenciado en Barcelona, son arco iris de paz que vendrá pronto si no desmayamos en nuestros propósitos y seguimos adelante en nuestras empresas. Es preciso que las

clases proletarias se dejen guiar por nosotros para que ellos nos ayuden en nuestros deseos, y cuando los tengamos, cuando la mayoría de los obreros comulguen en nuestra religión, entonces estos hombres sin conciencia que aguzan al obrero que le pidan se convierta en criminal destruyendo y matando, que les excitan á que derrumben la autoridad, á que hieran la Religión, estos seres desgraciados no tendrán instrumentos de sus perversos planes y se retirarán avergonzados.

*
* *

Despidamos, pues, con satisfacción el año transcurrido, aprovechémonos de cuanto bueno ha habido en él para aumentarlo, miremos el mal causado para prevenirlo y atacarlo en este nuevo año; y de este modo teniendo por guía de nuestros actos el hacer bien y por fin la gloria de Dios y su posesión, el siglo xx será de Cristo que reinará, vencerá é imperará en él.

Cosme Parpal y Marqués

VALOR

DE LA

SOBRE-ALIMENTACIÓN Ó GAVAJE EN EL CAMPO DE LA TERAPEUTICA

Procedimiento naso-faríngeo; ventajas que ofrece

Antes de entrar de lleno en el estudio de este tan sencillo como importante tema, permítaseme exponga algunas razones en apoyo de mi modesto trabajo, que por lo rudimentario y trivial que en apariencia parece, será quizá tildado por algún compañero de cosa de poca monta ó pretexto de exhibición científica.

En primer lugar, debo decir, que no es la *sencillez* de un asunto la cualidad que resta la poca ó mucha importancia que el mismo pueda tener, ya que sí así fuera resultaría que la *sencillez* que de por sí encierra la aplicación, por ejemplo, del *masaje* en el tratamiento de ciertas afecciones médico-quirúrgicas, entre ellas en la de las *fracturas*, sería causa para que tal aplicación careciera por completo de importancia, siendo así que ella en el tratamiento de la anterior afección ha constituído hoy un gran adelanto de la cirugía. El es-

tudio de la *aplicación de los aparatos de extensión continua* en el mismo tratamiento anterior, es por su índole también muy sencillo, pero á pesar de esta *sencillez*, digno es de que de ello se tenga un perfecto conocimiento, dados los benéficos y humanitarios resultados que con el buen empleo de tales aparatos se obtienen. El tratado de *taxis* en la curación de las hernias, en general es muy sencillo, y sin embargo nadie negará la utilidad clínica que su conocimiento encierra.

Pues bien, todos estos ejemplos y otros muchos que podría citar, demuestran clara y evidentemente que no por qué una cosa sea sencilla carece de interés, y por ende, que al igual que una cosa por ser vieja y en apariencia inservible tenga ya que ser abandonada por unos y criticada por otros.

Otra razón que me ha inducido con muy buena fe á la exposición de este tema, ha sido el escaso uso que de este método curativo se ha hecho y se hace, por lo que muchos clínicos ante la dificultad de introducir alimentos ó medicamentos por la vía bucal ó rectal, debido ya al trismus, ya á la presencia de ulceraciones intestinales, ó ya á la resistencia que el enfermo opone, se han considerado desarmados é impotentes para ayudar á las células orgánicas enfermas, en la terrible lucha entablada contra los micro-organismos patógenos y sus toxinas.

Y por último, la razón del hecho humanitario representado por la *salvación* que el gavaje manda en ciertos casos á los pobres enfermos que agobiados por las fatigas hijas de la ruda guerra que en su organismo se ha establecido, vénse amenazados por la muerte, cuya circunstancia por sí sola sería más que suficiente para que de este salvador método se ocupara el cerebro humano.

Así, pues, todas estas razones y otras muchas que con una corta reflexión brotan de las mentes medianamente constituídas trazan los fundamentos de este escrito.

—

Expuestas ya las piedras fundamentales sobre las que descansa el objeto de mi trabajo, fuerza es que entremos en materia, comenzando por saber lo que es la *sobre-alimentación ó gavaje* de los franceses.

La sobre-alimentación ó gavaje, como su mismo nombre indica, tiene por objeto hacer ingresar en los estómagos de ciertos enfermos cantidades de alimentos superiores á lo que el apetito permite, así como también en aquellos casos en que

el estómago por su naturaleza y modo de ser rechazada toda clase de substancias alimenticias que se introducen por la cavidad bucal.

Con sólo fijarse en el objeto y fin que la *sobre-alimentación* se propone cumplir, dedúcese ya la grandísima importancia que por su índole reviste ese nunca bastante enaltecido medio de curación; él ha venido cual arma poderosa á ensanchar por un lado y consolidar por el otro, mediante las inquebrantables razones de los hechos el campo de la terapéutica, convirtiendo en más fecundos y positivos los resultados á que conducen las dos *sendas* que de aquel campo se derivan, ó sean la *senda de la dietética* y la *senda de la terapéutica propiamenta dicha*. ¿Cuántas y cuantas veces se considerarían estériles los esfuerzos de la *materia médica*, á no existir el recurso valioso de la sobre-alimentación? ¿Cuántas y cuantas veces, como por desgracia ha sucedido y viene sucediendo, el médico tiene contra su voluntad que cruzarse de brazos y por lo tanto considerarse impotente en la cabecera del pobre enfermo que á consecuencia de su terrible inapetencia, de sus continuados é inescreibles vómitos y de su malévola diarrea, se va consumiendo á pasos agigantados esperando así dentro de su consunción el único fin que le queda, cual es la muerte?

Sin ir más lejos, basta estudiar el estado científico en que se encuentran actualmente algunas enfermedades infecciosas, v. gr., la difteria, crup ó garrotillo, para corroborar más y más la importancia que el gavaje tiene en el edificio regio de la medicina, en el que, y valiéndome del estilo comparativo, representa el método objeto de mi estudio, la grandiosa lámpara que con severidad ilumina el espacioso salón clínico del piso principal. Sabemos todos los estragos inmensos que el *crup*, llamado también con muy buen acierto por el vulgo *garrotillo*,—dada la extrangulación que ocasiona á los pobres enfermos,—causaba hace algún tiempo: es verdad que la disminución de la mortalidad se debe al descubrimiento del suero anti-diftérico de Roux; al perfeccionamiento de la traqueotomía por el procedimiento de Saint-Germain; á la innovación de la termo-traqueotomía, por el Dr. Sojo, y al descubrimiento por Bouchut de la intubación; pero también no es menos cierto la influencia que en tal mengua ha tenido el gavaje, pues él ha evitado que muchos enfermitos de esta clase sucumbieran por inanición, accidente, algo frecuente y causante de vez en cuando de la muerte. Con razón Trous-

seau recomendaba la alimentación perfecta en los niños diftéricos. ¿A cuántas madres, con el corazón lleno de gozo por la salvación de sus hijos queridos, he tenido ocasión de oirles exclamar: «Ay, á no ser por el tubo de goma, á buen seguro que mi podre hijo hubiese muerto de hambre» frase ésta que por sí sola sería suficiente para reconocer el valor de la *sobre-alimentación*, y por lo tanto enaltecer una vez más á la ciencia por su continuado progreso.

Aun iríamos más allá, en lo que á importancia se refiere, si me entretuviera en describir los satisfactorios resultados que mediante el *gavaje* han obtenido eminentes prácticos como Gubler, Foucher, Debove y otros, en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar; pero dado mi modesto fin, dejaré de entrar en más detalles, por tener la convicción plena que, lo poco expuesto, será mediante una buena reflexión suficiente para convencer á los dudosos y ratificar á los que ya conocen la utilidad práctica del *gavaje*.

—

Tres son los procedimientos por los que se lleva á cabo la sobre-alimentación, pero sólo me fijaré con detención en lo relativo al procedimiento *naso-faríngeo*, el cual, según mi modesta opinión, está llamado dada su facilidad de realización y sus innumerables ventajas á substituir á los demás medios tenidos hoy día como clásicos y corrientes.

Estos medios son el *buco-faríngeo* iniciado por Debove y perfeccionado por Dujardin-Beaumetz; y el *rectal* inventado por Markwald y seguido por Cotillón y otros eminentes médicos. Había quien prefería el buco-faríngeo por creerlo más ventajoso y dudar hasta cierto punto de la absorción de la mucosa intestinal, y particularmente de la que tapiza al intestino recto; otros echaban mano del rectal por considerarlo de más fácil manejo, y á la vez exento de los peligros ofrecidos por el primero.

El procedimiento buco-faríngeo llévase á cabo mediante el tubo de Debove ó de Fucher, con su correspondiente embudo de cristal. El rectal, se realiza con el tubo ó la sonda de goma del mismo nombre y un irrigador ó embudo de la capacidad generalmente de un litro.

No entraré en la descripción de la técnica respectiva de dichos procedimientos, ya que no está en mi ánimo trascribir copias de ningún género, ni desarrollar capítulos que se encuentran magistralmente expuestos en muchos terapéuticos clínicos, tales como Clínica Terapéutica de Dujardin-

Beaumetz; Terapéutica de Manquat; Terapéutica de Soulier, etc., etc. Tan sólo como ya he dicho antes, me ocuparé del procedimiento *naso-faríngeo*, pues además de creerlo superior á los otros en la casi totalidad de los casos, tiene un nacimiento modernísimo en lo que á su aplicación clínica se refiere.

Quizá en el acto sorprenda mi última frase, porque á la verdad, dada la sencillez de su contenido y el movimiento científico que cotidianamente surte de la inteligencia humana trabajadora, parece á primera vista increible que dicho recurso nohaya sido imaginado por el obrero intelectual: pues bien, á pesar de todo esto, dicho procedimiento tiene en la clínica un uso muy moderno, ya que en ninguna obra reciente encuéntrase desarrollado en la forma que su estado y su importancia requiere; únicamente de él se ha hecho mención en algún folleto publicado por ciertos especialistas de las enfermedades oto-rino-laringoscópicas, y aun de un modo muy somero. De aquí que, reconociendo lo muy poco que de él se ha escrito y lo mucho bueno que de él se obtiene, me haya atrevido á lanzar á la opinión médica la exposición de dicho procedimiento, para que con un científico raciocinio convengan sino en todo por lo menos en la mayor parte de lo que yo creo útil bajo el doble punto de vista médico y social.

¿En qué consiste, pues, el procedimiento naso-faríngeo? Consiste en la introducción de un tubo de goma de longitud y calibre convenientes por las fosas nasales, pasando por todo el tramo faringo-esofágico, hasta las inmediaciones del cardias.

Para llevar á cabo esta operación, necesítase un aparato especial compuesto de un embudo graduado de cristal, capaz para contener de 200 ó 500 gramos de líquido; un tubo de goma de 20 á 25 centímetros longitud por 10 ó 12 milímetros de diámetro; un tubo de cristal de 3 á 4 centímetros de longitud por 6 ú 8 milímetros de diámetro, y con las extremidades estrechas, tubo que tiene el doble objeto de poner en comunicación el de goma anteriormente citado y la sonda naso-faríngea, y al mismo tiempo servir de guía para la extracción de la sonda, pues conviene que ésta se efectúe antes de concluir el líquido alimenticio, evitando de esta suerte el ingreso de aire en el estómago; y por fin, una sonda denominada naso-faríngea de 50 á 55 centímetros de longitud por 10 ó 12 milímetros de diámetro (hay que advertir que cuando de ni-

ños se trata, en vez de la sonda naso-faríngea, empléase la sonda de Nelaton) y por último de una sonda semejante á las uretrales, denominada exploradora por tener el oficio de explorar el terreno donde debe pasar la sonda naso-faríngea.

Con estos elementos y en el supuesto de ser el enfermo un niño afecto de crup ó garrotillo se procede del modo siguiente: Colocado el enfermito en decúbito supino con la cabeza en el mismo plano que el resto del cuerpo y sujetas aquélla y las manos de la criatura por un individuo de la misma familia para evitar la agitación causada por el cosquilleo que la sonda produce al principio de su ingreso, procédese á la introducción de la sonda exploradora ligeramente embadurnada con vaselina esterelizada, introducción que se hará con mucha lentitud y mediante lijeras presiones acompañadas de rotaciones suaves. En los primeros momentos la operación es algo dificultosa por la presencia de mucosidades que obturan la entrada de las fosas nasales, pero dicha dificultad desaparece tan pronto como la maniobra se ha practicado varias veces.

Franqueado ya el camino naso-faríngeo-esofágico, viértase en el embudo de cristal unos 3 ó 4 gramos de solución alcalina por el agua de Vichy, para que la columna de aire que hay desde la extremidad inferior de la sonda de Nelaton (si se tratara de adultos, en vez de la sonda de Nelaton sería la sonda naso faríngea) hasta la abertura interior del embudo sea reemplazada por una de líquida, impidiéndose con ello la penetración de la más mínima cantidad de aire en el estómago del enfermito; hecho esto, y preparado previamente el líquido alimenticio ó el medicamento, se introduce la sonda de Nelaton ligeramente embadurnada con vaselina esterilizada por las fosas nasales, no sin antes haber interrumpido la columna líquida, mediante ligera presión del tubo de goma con la extremidad inferior del embudo, y con ayuda de ligeras rotaciones se va salvando todo el tramo hasta llegar al cardias; el punto más peligroso y donde el práctico tiene que valerse de la destreza, es en el preciso momento en que la extremidad de la sonda pasa de la porción superior á la inferior de la laringe, en cuyo sitio podría la sonda, mediante un ligero movimiento hacia adelante, introducirse en la laringe. Con el fin de evitar este conflicto, no hay más que acelerar la introducción de la sonda una vez haya ésta salvado la abertura posterior de las fosas nasales; esta sola precaución es suficien-

te, como he tenido ocasión de observar en diferentes casos, para alejar el peligro de la asfixia. Una vez la sonda ha llegado al cardias, lo cual se reconoce comparando el trozo de sonda introducida con el resto de la misma, se eleva el embudo dejando de verificar presión sobre el tubo de goma, y por lo tanto, haciendo que la columna líquida nuevamente continua, descienda en virtud de la teoría del sifón en el estómago. Con ello compruébase si la sonda se halla en éste ó en la traquea, pues á veces (cosa desde luego rara) se ha observado que la presencia de la sonda en la laringe no ha dado lugar á ningún síntoma de espasmo, sofocación y asfixia. En el caso de que la sonda se encuentre en el estómago, la criatura al recibir el agua de Vichy no presentará ningún signo que revele la extrañeza que todo líquido causa al órgano que no está habituado á recibirlo; pero si la sonda se halla en la traquea, entonces al penetrar el líquido alcalino se iniciarán—por el mecanismo de los actos reflejos—contracciones bronquiales, traqueales y laringeas, y tras de esto la tos y primeros fenómenos de asfixia-apnea; al mismo tiempo aparecerán en el agua de Vichy que se encuentra en el embudo multitud de burbujas de aire procedentes de los pulmones del enfermito. Algunos han creído que esta prueba puede hacerse después que el líquido alimenticio se haya vertido en el embudo, pero esto además de suponer ignorancia es altamente perjudicial, pues aunque penetre agua de Vichy ó agua esterilizada en la traquea nada sucede en virtud de su rápida absorción, al paso que si el líquido es leche, por ejemplo, tendría lugar con toda seguridad una intoxicación, accidente que desde luego debemos á todo trance evitar.

Comprobada ya la situación de la sonda en el estómago, viértase el líquido alimenticio en cantidad variable, haciendo sostener el embudo por el mismo individuo de la familia que sujeta á la criatura; el que practica la maniobra sujetará suavemente la sonda en el punto correspondiente á la entrada de las fosas nasales, vigilando el descenso del líquido alimenticio, y en el momento preciso en que la última cantidad de éste haya desaparecido de la abertura inferior del embudo, se extrae rápidamente y á un solo tiempo la sonda, evitando así la penetración de aire en la cavidad gástrica.

Como puede verse, en esta operación se debe evitar dos accidentes: 1.° impedir el ingreso de aire en el estómago antes y después de la introducción del líquido alimenticio ó medicamento, y 2.° la penetración de la sonda naso-faríngea en la laringe.

Resumiendo, pues, esta maniobra denominada *naso-faríngea,* consta de cuatro tiempos: 1.° Exploración; 2.° Introducción de la sonda naso-faríngea ó de Nelaton—cuando de niños se trata—por las fosas nasales hasta el cardias; 3.° Introducción del líquido alimenticio ó líquido medicamentoso—según los casos—y 4.° Extracción de la sonda naso-faríngea ó de Nelaton.

M. Rodríguez Portillo.

(Concluirá)

CAUSAS DEL TIMBRE Y ANÁLISIS DE LOS SONIDOS

(Continuación)

Ojeando la historia de la Fonología encontramos que el primero que habla con algún fundamento científico del timbre de los sonidos es Rousseau, en 1775 en un artículo publicado en la *Enciclopedia* titulado *El sonido*, pero confesando al final que el averiguar la verdadera causa del timbre de los sonidos es algo difícil. En una comunicación dirigida á la Academia de Ciencias de París en 1785 se dice que el geómetra francés M. Monge opina que la causa del timbre no puede ser otra que las vibraciones en número variable de las alícuotas de la cuerda que produce dicho sonido, añadiendo que «si se pudieran suprimir las vibraciones de las alícuotas, todas las cuerdas sonoras tendrían sin duda alguna el mismo timbre, fuese cualquiera la materia de que estuviesen formadas.»

Todos los físicos que se ocuparon en la primera mitad de este siglo, de cuestión tan trascendental para la Fonología y la música, coincidieron con la hipótesis de Monge, que no pasó de la categoría de tal hasta que el ilustre Helmholty demostró su verdad experimentalmente.

Planteemos, pues, la cuestión del timbre en su verdadero terreno, puesto que el análisis de los sonidos es algo así como la comprobación experimental de las teorías de Monge.

Si se escucha con alguna detención el sonido producido por una cuerda en vibración, reconócese inmediatamente que no es simple, pues además del sonido fundamental, cuyo tono dependerá del grueso, longitud y tensión de la cuerda, el oído distingue con cierta facilidad algún número de entonaciones

más agudas aunque menos intensas que el que hemos llamado tono fundamental.

He aquí un ejemplo: Agitemos la más grave de las cuerdas de un violoncelo y nos dará una nota denominada do_1, pero al mismo tiempo se oyen dos notas más, la más aguda es el *mi*, y la más grave el sol_3.

He aquí los sonidos á que se ha dado el nombre de harmónicos, aunque impropiamente, debido á que en el principio que los físicos se dedicaron á su estudio los primeros de estos sonidos que observaron constituían en unión del sonido fundamental y hasta entre sí lo que en Fonología se llama *acorde consonante ó consonancia*, cuyo resultado no es otro que la harmonía.

No obstante á medida que la Fonología ha ido avanzando en su carrera majestuosa hacia el fin de la verdad, á medida que nuevos datos y nuevos descubrimientos han enriquecido su campo, á medida que mil y mil hombres ilustres le han consagrado la vida; se ha llegado al pleno convencimiento de que no todos los *harmónicos* daban por resultado *harmonía*, sino que en el grupo de los sonidos harmónicos, es decir, en el grupo de los sonidos producidos por la vibración de las alícuotas de la cuerda había comprendidos un gran número de cuya conbinación con el principal no resultaba harmonía.

Luego estos sonidos, que pueden denominarse con alguna de las palabras alicuófonos, alicuosonidos ó sonidos parciales, se podían dividir en dos grupos aunque no perfectamente caracterizados, pues en algunos de ellos será difícil distinguir si pertenecen al grupo de los harmónicos ó al de los seudo-harmónicos, inconveniente inherente á todas las clasificaciones que con la Naturaleza tienen relación, pues son á manera de árbol con extensas ramas, que si bien se hallan en los extremos completamente separadas, en su origen difícilmente se distingue á qué rama pertenecen las células de contacto.

Pero sea lo que fuere, los sonidos parciales ó alicuófonos pueden dividirse en dos grupos: sonidos harmónicos y sonidos seudo-harmónicos.

Vamos á tratar de ambos grupos. Si juntos nos dan harmonía ó consonancia los unos y nos la niegan los otros, podremos distinguir si los sonidos parciales son harmónicos ó seudo-harmónicos en conjunto.

Pero en particular ¿qué los distingue? Esta propiedad de consonancia y disonancia es asaz relativa para poder distin-

guir estos grupos tan importantes; así es que precisa buscar una propiedad que sea mejor base de diferenciación; y pronto el trabajo minucioso, delicado, incansable de los físicos nos ha proporcionado las bases para la diferencia de las ramas de nuestra división.

Efectivamente, después de continuadas experiencias se ha visto que representando por uno el número de vibraciones del sonido más grave, es decir, del fundamental, los de sus harmónicos están representados por uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... etc., y generalizando las observaciones de los físicos podemos decir que los harmónicos de un sonido fundamental, son todos aquellos cuyo número de vibraciones es múltiplo del número de vibraciones totales que representan el tono del sonido fundamental. Los demás sonidos parciales, es decir, todos aquellos en que el número de vibraciones de su tono no es múltiplo del número de vibraciones del tono fundamental, pertenecen al grupo de los seudo-harmónicos; esta propiedad que nos sirve para fundamentar nuestra clasificación reune más condiciones de exactitud, y por lo tanto puede servir de base á una clasificación verdaderamente científica.

Son ricos en harmónicos los sonidos producidos por las cuerdas y los tubos sonoros, pero el sonido más rico en harmónicos, el sonido que mayor número de vibraciones parciales, múltiplas del tono fundamental lleva es el producido por la voz humana, es el producido por la vibración de los ligamentos tiro-aritenoideos; al pasar entre su abertura el aire expelido por el fuelle pulmonar.

Pero al oído le es algo difícil, las más de las veces, distinguir los harmónicos de un sonido y para auxiliar al oído en esta ardua tarea figuran varios medios de análisis entre los cuales ocupan el primer puesto los aparatos denominados *resonadores*.

Entre los sonidos á que hemos denominado seudo-harmónicos figuran los sonidos producidos por las vasillas y placas metálicas, campanas y membranas en general. Estos sonidos impresionan al oído desagradamente, es decir, los seudo-harmónicos no son musicales.

De la definición que hemos dado de sonidos harmónicos de un sonido fundamental se deduce que lo serán todos aquellos que tengan un número de vibraciones tal que partido por el de vibraciones del fundamental dé un número entero; y como los números enteros son indefinidos, la serie de los sonidos harmónicos debiera ser indefinida.

Pero por otra parte tenemos que no todas las vibraciones engendran sonido, es preciso que su rapidez se halle comprendida entre ciertos límites que aunque subjetivos y por lo tanto variables, han sido determinados, y según unos físicos están comprendidos entre 40 y 4,000 vibraciones dobles ó completas por segundo y según otros entre 50 y 50,000 vibraciones sencillas, ó sean 25 y 25,000 vibraciones dobles por segundo. Antes de Savart los físicos admitían que la perceptibilidad estaba comprendida entre 16 y 9,000, Savart les asignó como límite máximo 24,000, Despretz 16 y 36,000, otros autores 16 y 36,000 y tomando para ambos valores los límites extremos podremos decir que en general los sonidos cuyo número de vibraciones no sea superior á 16 é inferior á 37,000 por segundo, no serán percibidos por nuestro aparato auditivo, sin que por esto deje de existir la vibración.

Ahora bien, supongamos una nota cualquiera, el la_3 ó *la normal* que según el diapasón patrón existente en el Conservatorio de París, da 870 vibraciones sencillas ó 435 dobles por segundo, y sus armónicos formarán una serie representada por (435×1), (435×2), $435 \times 3)$, (435×4), $(435 \times)$, ..., $(435 \times n)$; pero cuando n sea igual á 86, tendremos que $(435 \times 86) = 37{,}410$, es decir, que este harmónico no será perceptible por rebasar los límites de la perceptibilidad de nuestro oído, pero todavía será perceptible el harmónico cuando n sea igual á 85, pues $(435 \times 85) = 36{,}975$ número inferior al máximo de perceptibilidad.

Y resumiendo: el número de sonidos parciales correspondientes al grupo de los harmónicos de la nota la_3, es 85, y así de un modo análogo hallaríamos los de las otras notas. En una palabra, el número de sonidos armónicos de una nota cualquiera es perfectamente limitado.

Todo lo expuesto constituye lo que se llama teoría del timbre, debida como hemos dicho á Monge, y de la cual es complemento el análisis del sonido que no tiene por objeto otra cosa que determinar el número y naturaleza de los sonidos parciales que acompañan en casi todas las vibraciones al sonido fundamental, pues los sonidos en general son compuestos, siendo pocos los que pertenecen al grupo de los sonidos simples.

PELAYO MARTORELL Y CARBONELL.

(Concluirá).

WAGNER Y SU REFORMA

IV Y ÚLTIMO

LA MÚSICA

De la rehabilitación del *libretto* surgió la fusión de la poesía con la música.

La acción de la Trilogía está unificada, pero creemos que aún está más ligada, si cabe, la parte musical, ya que el *leit-motiv* sirve para describir, mediante una frase musical, los sentimientos y el carácter de cada personaje, ya esté en escena, ó bien se hable únicamente de él.

Presenta Wagner los principales temas, magistralmente instrumentados, cuando entra en escena el personaje que encarna.

Así pues es conveniente respetar, al darse á conocer *El Anillo del Nibelungo*, la marcha cronológica, principiando por el prológo *El Oro del Rhin*.

No lo creyó sin duda necesario el maestro Vehils, empresario á quien debemos agradecer no tan sólo el estreno de *La Walkyria*, sino el gran incremento que ha tomado el repertorio wagneriano en Barcelona. Habíamos llegado al 25 de Enero de 1899, conociendo únicamente tres obras del reformador de Bayreuth: *Lohengrin*, *Il Vascello Fantasma* y *Tannhauser*, que pertenecían á la primera manera de ser de Wagner, pudiéndose apenas entrever ó adivinar su reforma en aquellas partituras.

El *Rheingold*, ha sido representado escasas veces, y esto obedece á las dificultades escénicas que ofrece y á durar la obra compuesta de un acto único, dos horas y media. Su estreno en Barcelona es, no diré precisamente una cosa imposible, pero si muy problemática.

El maestro Nicolau organizó una serie de conciertos dedicados á la Trilogía, que se verificaron en el Teatro Lírico durante el mes de Marzo de 1896. Figuraban en los dos primeros conciertos de abono algunos fragmentos de *El Oro del Rhin*, preludio y escenas de las ondinas; *El Canto del Amor y del Oro;* final y entrada de los *Dioses en el Walhalla*.

Dos únicas audiciones de una música tan complicada de poco sirven para orientarse; sin embargo recordamos la expresión que estos números produjeron en el ánimo del público, viniendo esto á demostrar una vez más que para nuestro

temperamento meridional la música wagneriana producirá siempre mejor impresión, ofrecida en dósis más ó menos pequeños que en forma de ópera.

De gustos no hay nada escrito, si bien no son wagneristas todos los que se apellidan tales; á pesar de respetar todas las opiniones, debe refutarse la de unos cuantos que niegan el talento musical á Wagner, como si el autor de tan grandiosa obra no pudiese eclipsar los triunfos de Mascagni y de Umberto Giordano; el autor de *Lohengrin* era capáz de escribir óperas superiores á *Fedora* é *Iris*, y bien lo demuestra el haber escrito un Septimino y una Sinfonía de *Tannhauser*, y otros tantos fragmentos que no hay que recordar, por ser conocidos de todos los *dilettanti*; le sobraba inspiración para competir con más de cuatro compositores actuales de fama universal.

* * *

Dios nos libre de querer detallar musicalmente, escena por escena, la partitura de *El Ocaso de los dioses*, la última jornada de la Trilogía por convertirse particularmente el prólogo y los dos primeros actos, en una grandiosa sinfonía, encargándose la orquesta, mucho más que los cantantes, de interpretar las situaciones y el estado de ánimo de los personajes, cuyos sentimientos se humanizan á medida que se va acercando el desenlace.

Wagner ha aplicado su reforma con un rigor extremado, así es que el prólogo y primer acto, unidos como hemos dicho por el poema sinfónico *Viaje de Sigfrido sobre el Rhin* duró dos horas. El maestro Fischer que ha concertado la obra en Barcelona, respetando las tradiciones wagnerianas ha suprimido dos escenas enteras y parece que tenía la intención de suprimir el episodio de las parcas que anuncian ya en el prólogo la ruína de los dioses.

El espectador que conoce la música de las dos anteriores jornadas sigue con facilidad las principales temas que se enlazan con los nuevos *leit motiven* de *El Ocaso de los dioses* que se cuentan por centenares.

Necesitaríamos llenar muchas cuartillas para señalar tan sólo los que recordamos al redactar estas líneas; así es que puede seguirse la nueva transformación del *leit motiv*, siempre que el cantante sepa frasear con claridad y esta cualidad no se prodiga mucho hoy en día.

La orquesta anuncia la salida de Brunhilda y de Sigfrido,

con una hermosa frase iniciada piano y que se desarrolla hasta convertirse en un grandioso *crescendo*.

El tema de amor de la Walkyria en la jornada anterior se transforma en un *leit motiv* que viene á simbolizar el sacrificio recíproco de los amantes. El final de este diálogo es valiente y necesita unos intérpretes de empuje.

Los temas dedicados á Hagen, expresan fielmente el carácter adusto y vengativo del hermano del rey de los Guibejungos, causa de catástrofe promovida por su afan de apoderarse del codicioso anillo de oro, mientras que el *leit motiv* de Gunther traduce el carácter noble y bondadoso de aquel monarca, una de las víctimas del hijo de Alberico.

Se hace imposible seguir en la orquesta tanto *leit motiv*, hermosamente instrumentado y para abreviar señalaremos como fragmentos de los que más impresionan: El pacto celebrado entre Gunther y Sigfrido, los coros de una factura original del acto segundo y la escena del juramento.

Y pasemos al tercer acto, digno coronamiento de la grandiosa Trilogía, que cautiva por completo el ánimo del oyente. Todas las bellas artes que intervienen en las producciones teatrales han sido puestas en juego por Wagner para *crear* aquel final; los dioses de la mitología escandinava y los héroes del poema popular alemán *Los Nibelungos* tienen un fin homérico.

Las sensaciones están artísticamente graduadas, al alzarse la cortina vése en el fondo á las ondinas jugando á las orillas del Rhin, y aquel terceto, llegando después de las escenas trágicas de los actos anteriores, se convierte en un espacio de una ingenuidad encantadora.

Y ¿qué diremos del *raconto* de Sigfrido, que perdió hasta el recuerdo del amor de Brunhilda gracias al filtro amoroso que le dió á beber Gutruna? Hagen le presenta otro filtro que le devuelve la memoria y el héroe narra á sus acompañantes toda su juventud, la virtud del yelmo mágico y sus amores con Brunhilda; entonces el hijo de Alberico mata á traición al joven héroe que cae diciendo que el amor redime todas las culpas. Y aquí llega la grandiosa marcha fúnebre composición sinfónica que varios críticos han llegado á comparar con la célebre marcha fúnebre de la *Sinfonia heroica* de Beethoven, fragmento orquestal que sirve de intermedio en los teatros de Alemania para dar tiempo al cambio de escena y es compendio de todos los temas de *Sigfrido*.

El ánimo del espectador queda vulgarmente impresionado

ante la sobreidad trágica de la escena, siendo verdaderamente lamentable que la acción tenga que interrumpirse por deficencias de la maquinaria, pues no resulta tanto el contraste del cuadro siguiente al llegar al fúnebre cortejo.

Hagen anuncia con palabras irónicas la muerte de Sigfrido; Gutruna, débil como mujer, se lamenta, mientras que Brunhilda avanza hacia la escena, revestida de homérica dignidad, da orden de levantar una pira á orillas del Rhin, manda colocar en ella el cadáver de su amado y después de haber arrojado el fatal anillo á las ondinas, precipítase en medio de las llamas, montada sobre su fiel Grane, recomendando antes á los cuervos vayan á contar á Wotan como ha muerto Brunhilda.

Cada episodio del monólogo es comentado musicalmente por la orquesta que reviste una riqueza de instrumentación y un desencadenamiento de sonoridades casi insuperables, dominando al final el tema de la Redención. El sacrificio de Brunhilda resulta imponente.

JUAN PIERS.

TRISTES RECUERDOS (*)

Vino el Invierno, y con su mano fría
Despojaba á los bosques del vestido
Que amarillo el Otoño dejó un día
Y orgulloso ostentaba el roble erguido.

—

Vino el Invierno, y sobre la ancha tierra
Extendía su manto de blancura
Declarando, inhumano, cruda guerra
A la vida del campo, á su hermosura.

—

Vino el Invierno y se sentó en el manto
De la nieve que el suelo tapizaba
Y soplando, entonó el fúnebre canto
Del crugir de las ramas que azotaba.

—

Llegó el Invierno, y su mortal aliento
Al sentir ¡ay! los pájaros callaban....

(*) Recitada por su autor en la sesión pública inaugural del presente curso.

No oyéndose su voz, su dulce acento
La tristeza y la muerte dominaban.

—

Llegaste, sí; y cruel y despiadado
Tu mano helada en nuestro hogar pusiste;
Y de ese hogar tus garras se han llevado
Al ser querido cuyo igual no existe.

—

¡Tú fuiste, invierno, quien con mano impía
De una madre el amor nos has quitado!
¡Tú del árbol de paz que nos unía
El tronco preciosísimo has tronchado!

—

Débiles hojas que se lleva el viento
Cuando están de su tronco separadas
Somos los hijos que en fatal momento
De una madre perdemos las miradas.

—

Débiles hojas somos, madre mía,
Desde el instante en que estación tirana
Nos dejó sin tu amor... Mas, no, ni un día
Separarnos podrá la envidia insana;

—

No, podrán, no, los vientos mundanales
Deshacer de tu hogar, la unión dichosa
Recordando tus frases, maternales
En que amarnos pedías angustiosa.

. . . . . .

. . . . . .

Aún te veo en tus últimos instantes;
Aún tu tierna palabra estoy oyendo
Cuando á Cristo en la cruz, besos amantes,
Tus puros labios iban imprimiendo.

—

Aún yo creo tocar tus manos frías....
Aún te miro probar, con fuerza poca,
Besar tus manos cuando no podías
Llevarte el Crucifijo hasta la boca.

—

Aún oigo que en la última agonía
«¡Jesús, José y María —ibas diciendo,—
Yo os doy el corazón y el alma mía!»
Y hasta el último instante repitiendo;

—

Y á Jesús y María encomendabas
Tu pobre alma y corazón contrito;
Más también anhelante suplicabas
¡Que velaran por tanto huerfanito!

—

«¿Y los pequeños?» triste me decías
De tu vida en el último momento.
—¡Ya duermen! respondí, ¡como otros dias!....
¡Quizás tenían en tí su pensamiento!

—

¡Pobre madre! Durmiéronse risueños
Tus pequeñitos por quien suspirabas,
Y al despertar de sus tranquilos sueños
¡Mamá!—llamaban,—. . . ¡ya no contestabas!

—

Aún recuerdo aquel beso que me diste
Que fué el postrero tuyo, madre mía;
¡Qué triste beso aquel! ¡Pero más triste
Fué el que sellé sobre tu frente fría!
. . . . . .
. . . . . .
Llorando de pesar, madre querida,
Sólo un consuelo nos quedó por suerte:
El pensar que si un ángel fuiste en vida
Dios quiso qúe tuvieras santa muerte.

ANTONIO BRUNA Y DANGLAD.

Octubre de 1901.

Revista de la Quincena

Navidad.—Año nuevo.—Función de desagravios.—La «tournée» Zacconi.

Ha transcurrido un nuevo año, y otra vez conmemoramos el más grande acontecimiento de la Historia: el nacimiento del Hijo de Dios.

¡Con cuanto fausto se celebra en las iglesias la más trascendental de las fiestas del Cristianismo; con cuanta alegría entre el pueblo y cuanta magnificencia por parte de los ricos!

¡Noche Buena! Noche santa, noche de gloria, en que todos los hombres fraternizan, todas las clases sociales se confunden en una sola masa de adoradores del divino Niño, recordando el cántico de los ángeles sobre el portal de Belén: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Sobre un pesebre estaba reclinado el Niño Dios, tiritando de frío, y allá iban por igual reyes y pastores á adorarle. Oculto en cándidas especies renueva Jesús el misterio de la redención del mundo, y ante él se postran también ricos y pobres, magnates y plebeyos.

Alegrémonos, sí! Celebremos como hombres que somos, el gran acontecimiento que renueva la faz de la tierra; entreguémonos al honesto esparcimiento que nos resarce de las fatigas cotidianas; expansionemos el ánimo, torturado por la necesidad de resolver los graves y complicados problemas de la vida.

Venga en buen hora á aturdirnos el bullicioso tropel de la Noche Buena con sus guitarras, sus villancicos, sus sonoras carcajadas y su alegría del vivir, cuyo obligado programa termina en las iglesias donde se canta la Misa del Gallo á la misma hora en que nació el Salvador.

Pero no olvidemos que somos cristianos y que la celebración del nacimiento del Divino Maestro, no debe reducirse á fiestas que sólo han de ser expresivas de la alegría interior con que inunda á las almas la recordación de tan gran misterio; porque este misterio impónenos muy serias consideraciones, cuya trascendencia está por encima de la alegría que pasa.

Festejemos el nacimiento de Cristo, porque Cristo es nuestro Rey y el camino, la verdad y la vida; y porque es Rey hemos de defender sus derechos; porque es el camino, hemos de procurar hacerle asequible á todos los hombres, porque es la verdad, hemos de aceptar y mantener sus enseñanzas, y porque es la vida, debemos extender su influjo saludable y salvador.

Ante la cuna del Niño Jesús se aprende á ser pobre aún cuando se posea la dominación de los Reyes Magos que en un pesebre doblaron la rodilla al igual que los pastores; se aprende á amar al prójimo; se aprenden todas esas virtudes que tanta falta nos están haciendo en estos tiempos de disolución, ruína, rivalidades y odios.

¡Gloria á Cristo Jesús, y paz entre los hombres de buena voluntad, paz entre el capital y el trabajo, paz entre las naciones cristianas, paz en las familias, paz en los entendimientos y en las conciencias!

***

Como quien no quiere la cosa, acabamos de entrar en el segundo año del siglo xx. ¡Loado sea Dios y que por muchos años podamos contemplar cómo se hunde en el ocaso el que se va y saludar los albores del que llega!

Un año, un lapso de tiempo más ó menos largo, dos secantes que limitan una porción de la línea indefinida del tiempo. Estas limitaciones las pone nuestra imaginación, la necesidad que tenemos de subdividir en fases el curso de la vida humana; y de ahí la serie progresiva de segundos, minutos, horas, días, semanas, me-

ses, años, siglos, épocas y edades. Pero la línea del tiempo permanece la misma, igual, imperceptible, indefinida, y la vida deslízase sobre ella con movimiento uniformemente acelerado.

Antes de la aparición del hombre, es decir, antes de la autoformación de la historia humana, el tiempo debía de ser algo como el espacio sin horizonte real ó definido, como mar sin orillas, como carrera vertiginosa sin jalones que marcaran las distancias. Pero al desenvolverse la humanidad, yérguense sus hazañas como hitos de su progreso, y sus hechos heroicos, sus descubrimientos, sus guerras y las diversas fases de la vida del hombre, constituyen la base de los recuerdos que son el sujeto de su historia.

Para metodizar su paso por el mundo, el hombre ha tenido necesidad de dividir el tiempo matemáticamente. De aquí la importancia que se da al trascurso de un año; de aquí también la serie de acontecimientos que dentro del mismo conmemoramos.

Cada año nos presenta en su curso el mismo panorama de fechas, que enriquece con otros nuevos sucedidos, prósperos ó adversos. Lo único que varía es nuestra situación en la vida, de la cual vamos saliendo á medida que vamos entrando en ella. Paradoja intrincada, pero exacta.

En tal fecha, en un día correlativo hacemos algo igual, parecida ó contrario á lo que hizo alguno de los que fueron, de los que ya no siguen el curso trazado por la línea del tiempo; y los ejemplos de los antepasados que rebasaron el nivel común de los hombres, sírvennos para estimularnos al bien ó para inclinarnos á lo malo. Una educación amplia y sólida y un recto espíritu de crítica permiten estudiar fructíferamente la Historia, de manera que podamos ver por dónde se salvan los individuos y se engrandecen los pueblos, y cuáles han sido en todo tiempo las causas de la perdición de los primeros y la ruína de los últimos.

El almanaque con su catálogo de santos y sus efemérides de héroes representa el compendio de la vida humana donde hay mucho que estudiar en el trascurso del año.

Estudiando nuestros propios actos en el correr de los tiempos, podemos asimismo establecer el balance de nuestro perfeccionamiento ó de nuestra degeneración; y alentados con aquél ó saludablemente alarmados por ésta, podemos conformar nuestra conducta á los dictados de la razón y del buen sentido para llegar á ser lo que debemos como cristianos y en relación con nuestros semejantes.

Esta es la principal consideración que se ofrece á la mente al despedirnos de un año para entrar en el siguiente. «Año nuevo, vida nueva,» dice el proverbio, y en esta expresión tan sencilla contiéne-

se un mundo de filosofía práctica. A todos conviene el consejo «vida nueva,» sin excluir á los mejores, porque aun éstos tienen imperfecciones que corregir.

Ved lo que es el mundo: el vasto campo de la lucha entre el bien y el mal. Ved lo que es la Historia: el balance comentado de los resultados de aquella lucha en cada año, en cada época, en cada siglo.

¡Quiera Dios que al término de nuestra vida nos sea tal balance favorable, si no por méritos de nuestra conducta, por la eficacia de la bondad infinita!

*
* *

Hermosa manera de terminar el año la ideada por las asociaciones católicas de esta capital y realizada con toda puntualidad y celo el domingo último.

En la Iglesia de Nuestra Señora del Pino celebróse, á cargo de dichas asociaciones, solemne función de desagravios á S. D. M. por las ofensas que había recibido durante el año. El Señor estuvo de manifiesto durante veinticuatro horas, velándole noche y día individuos de dichas asociaciones por tandas que se relevaban de tiempo en tiempo, todas ellas numerosas. A las ocho de la mañana hubo misa de Comunión general en que fué celebrante el señor Vicario general Dr. Cortés y que estuvo concurridísima; á las diez, Oficio solemne, y á las seis de la tarde la función de la reserva, en la que fué orador el Rdo. Dr. D. Francisco Mas; organizándose, al terminar la homilia, una procesión por el interior del templo, que resultó muy lucida, presidiéndola el citado Dr. Cortés.

Añádase á esto un derroche de iluminación del hermoso templo y el imponente concurso de fieles que se adhirió á tan piadosos actos y se tendrá idea de la importancia que revistió la función de desagravios organizada por las sociedades católicas de Barcelona.

Nuestro venerable Prelado, que desde un principio había bendecido el proyecto, no pudo presidir, como se había anunciado, tales solemnidades, por impedírselo el anómalo estado de su salud, que aún cuando gracias á Dios no ofrece peligro alguno, requiere sin embargo ciertos cuidados.

Al recordar las anárquicas manifestaciones realizadas por los enemigos de la religión durante el año que acaba de trascurrir, hasta el punto de que ni en el interior de los templos podía ejercerse libremente el culto católico amparado por la Constitución del Estado y desamparado por el poder ejecutivo, siéntese hondo consuelo ante la grandiosa manifestación religiosa con que han so-

lemnizado la terminación del año las sociedades católicas de Barcelona.

Despréndense de ello un hecho y una enseñanza: el primero es que mientras los enemigos de la Religión la combaten acudiendo á todo linaje de malas armas, sin prescindir de la calumnia, la navaja y el revólver, nosotros les contestamos rogando por ellos en nuestras solemnidades; y la segunda se funda en la experiencia indefectible según la cual los católicos, que estamos en mayoría, seremos invencibles siempre que permanezcamos unidos á la voz del Papa y de los Prelados.

* * *

La venida á Barcelona del actor italiano Ermete Zacconi, no sólo ha servido para darnos á conocer un artista eminente, sino además algunas obras que aunque leídas en el retiro del gabinete, no habían sido entre nosotros puestas en escena, que es donde únicamente pueden ser apreciadas en todo su valor las producciones teatrales.

Conocíamos *Los espectros* de Ibsen, la más importante de las obras representadas por Zacconi, salvo—¡no faltaba más!—el *Otelo*. Y no nos referimos ciertamente al drama que años atrás dió á la escena Echegaray bajo el título *El hijo de D. Juan;* porque aún cuando el ilustre autor de *El gran Galeoto* hacía constar que aquella obra estaba basada en el pensamiento de *Los espectros*, ello es que no se podía formar por *El hijo de D. Juan* ni una remota idea de Ibsen, pues Echegaray, como aquel caballero que resultaba poeta sin sospecharlo, añadió á su vasto catálogo una obra original, con todas las características de su teatro, en vez de darnos una semblanza de *Los espectros*, como se había propuesto. No; conocimos el drama de Ibsen, escrupulosamente traducido al catalán, en la sesiones del «Teatre íntim» fundado y dirigido por D. Adriano Gual, y la honda y pavorosa impresión que entonces nos produjo, ha aumentado por el acabado estudio que del personaje de Oswaldo hizo Zacconi y por el pasmoso poder de exteriorización que posee este actor.

Conocíamos también en cierto modo á Suderman por su drama *Magda* cuya versión castellana—sobrado defectuosa—estrenó doña María Tubau, y que no ha in luído Zacconi en su repertorio, sin duda por no incumbirle á él sino á «la dama» el papel de protagonista. Pero no habíamos visto en el teatro á Hauptman, Tourgeneff ni Tolstoï y de ellos nos dió á conocer obras características el ilustre actor italiano.

Con perdón de los que opinan lo contrario y con el mismo derecho y títulos parecidos á los suyos, diré que estas obras tendrán todas las cualidades que se quiera, menos la de representables. Como estudios semifilosóficos semiliterarios—no bien lo uno ni lo otro—pasen en el libro, en la novela, para entretenimiento de los iniciados y á beneficio de inventario para los que gustamos de seguir el movimiento de las letras; pero nunca encajarán bien en el teatro, destinado por su propia naturaleza al aplauso ó vilipendio de las multitudes.

Estas no encuentran aliciente en dramas que carecen de resortes escénicos para ilusionarlas, ni ganarían nada identificándose con obras que ofrecen la novedad de representar en las tablas no la lucha de pasiones encontradas, sino las mismas pasiones tal como las concibe ó las siente el autor, con enervante pesimismo á todas luces inmoral.

Y dicho esto, descubrámonos una vez más ante el genio de Shakespeare. El público que, á pesar de la fama de Zacconi, había dejado casi desiertas las representaciones del teatro modernista, acudió en masa á admirar nuevamente el *Otelo*. El coloso triunfó gloriosamente.

¡Qué arte tan soberano; que entusiasmo; qué goce tan íntimo como poderoso para el sentimiento artístico! Después de aquella serie de infecundas lucubraciones, el *Otelo*, con ser tan viejo, tan conocido, parecía una revelación. Tanto puede la virtualidad de la obra de arte que se cierne á través de los tiempos sobre las limitadas tendencias que luchan á flor de tierra.

¡Oh, Shakespeare, Shakespeare! ¡Qué tiempos habremos alcanzado cuando debemos hablar del gigante del siglo XVII como si acabáramos de descubrirle!

JUAN BURGADA Y JULIÁ.